

dadera lucha. Las espadas rasgaban el aire como rayos, los golpes eran dados y devueltos con tan asombrosa rapidez que nadie hubiera advertido que habian tocado el escudo, el yelmo ó la coraza, á no ser por las chispas que en gran cantidad y seguidamente brotaban. Imposible era á la vista mas perspicaz y mas práctica seguir los movimientos ni contar siquiera los golpes. De pronto, vióse tremolar en alto el acero de Mice Roberto y precipitarse como una cuchilla sobre el yelmo de su contrario, pero éste vió la intencion y paró el golpe con su escudo. La espada se dejó caer sobre él ruidosamente y se hizo añicos cual si de fragil cristal hubiese sido.

Quiso el del capúz colorado detenerse con objeto de dar tiempo al señor de Balse para pedir otra espada, pero este que se habia embriagado con la lucha como un bravo corcel al son guerrero del clarin, descolgó del arzon de su silla su hacha de armas y en un momento la blandió majestuosamente en su mano.

El silencio mas profundo reinaba en el público: todos aquellos millares de espectadores parecian aletargados, reunidos solo sus sentidos en el de la vista, y deteniéndose la respiracion como un solo hombre. Los golpes de los combatientes resonaban en el silencio y hallaban eco como en la soledad. Doña Beatriz de Guzman estaba pálida como un sudario.

Con su escudo detuvo el desconocido el primer hachazo que le descargó Mice Roberto, y empezó entonces á atacarle con tal furia, á estrecharlo tan de cerca y tan vivamente, que por todas partes veia el mantenedor, rápida como una centella, la punta del acero contrario. Era una velocidad asombrosa y un manejo de espada admirable, era una no interrumpida continuacion de fintas, de tercias, de semicírculos, de flanconadas, y todo para fatigarle, para apurarlo, para rendirle, permitiéndole solo hacer uso del hacha para defensa y quite. Sin embargo, esto no podia durar y bien se conocia que, como no se fatigara tan pronto el brazo que la manejaba, debia el hacha acabar con la espada por muy templada que fuera.

Así sucedió.

Llegaron una vez á encontrarse en el aire las dos armas, y la espada del incógnito se rompió en dos pedazos. A su vez se halló el campeón de Castilla desarmado y Mice Roberto, olvidándose en el calor del combate de usar la misma galantería que con él en igual caso se habia usado, aprovechó el momento en que el del capúz descolgaba del arzon su hacha de armas, para acertarle tan furioso golpe, que ni toda la corpulencia de un gigante hubiera podido resistir á no tropezar á su paso con el salvador escudo. Este que ha-

habiendo al primer hachazo, voló el casco por el aire por arriba, cayendo al campeón de esta defensa.

Pero ya entonces el incógnito, con su terrible hacha de armas y se disponía á dar golpes que se iban alejando de sí los dos pedazos de un escudo que le era inútil, cuando con nuevo vigor á su contrario le ciéndole á su defensa.

Entonces el combate tomó del todo un aspecto terrible. Descargábanse unos golpes y otros golpes que hacían estremecer á los espectadores. El escudo de Rico Redardo se quebró bien pronto en dos pedazos quedando con él aquel su adversario; los pechos y espalderos acabaron por no ofrecer ninguna resistencia, porque con tan temerarios hachazos saltaban en pedruzcos. El público seguía la lucha con una atención mortal. Con sangre de sus venas se iban viendo en aquel combate, pero demasiado conocido en su época. Imposible en efecto, no combatir aquellos dos hombres por el, sino por su gloria el uno de campeón caballero, por su fama el otro de perfecto justador.

Por fin, aprovechando el incógnito, un poco de ventaja que le ofreció la fatiga de su contrario, descargó un furioso hachazo sobre su yelmo que se partió en dos mitades bajo el filo terrible del arma. Los rubios cabellos del señor de Balse se desprendieron suscitándose haciendo á acariciar sus hombros. Sin embargo, el desconocido de que se cubriera con su casco, se volvió al negro.

Los espectadores pudieron ver como el incógnito se limitó á la defensa, renunciando al ataque. Y en verdad que, por hacerlo así, dejó pasar varias ocasiones en que hubiera podido abrir de un hachazo la cabeza de su contrario como lo había hecho poco antes con su yelmo. El mismo señor de Balse se sintió conmovido ante semejante prueba de caballerosidad.

Conocía el alemán que le iba faltando vigor á su brazo fatigado; así es que, reuniendo todas sus fuerzas, quiso concluir de una vez, y levantando en alto el hacha terrible la dejó caer con su martillo sobre el yelmo del incógnito que no estuvo en su lugar. Su luciente casco voló hecho pedazos como un pedruzco.

Después de un movimiento general y tres gritos uno tras otro resonaron en el primer momento, los otros dos de todo el público.

El primero se habia escapado de los labios de Doña Beatriz de Guzman que, pálida como un cadáver, cayó casi desvanecida en medio de sus damas al ver des-



Su hachazo casco voló hecho pedazos.

bia resistido al primer hachazo, cedió al segundo y se abrió por medio privando al campeón de esta defensa.

Pero ya entonces el incógnito empuñaba su terrible hacha de armas y se disponía á dar golpe por golpe. Arrojó lejos de sí los dos pedazos de un escudo que le era inútil, y atacó de nuevo y con nuevo vigor á su contrario haciéndole atender muy particularmente á su defensa.

Entonces fué cuando el combate tomó del todo un aspecto terrible. Descargábanse entrambos recios y denodados golpes que hacían estremecer á los espectadores. El escudo de Mice Roberto se quebró bien pronto en dos pedazos quedando con ello igual á su adversario; los petos y espaldares acabaron por no ofrecer ninguna resistencia, pues que á tan tremendos hachazos saltaban ensangrentados los pedazos de las ricas armaduras. El público seguía la lucha con una atención escesiva y Doña Beatriz con una congoja mortal. Con sangre de sus venas hubiera querido hacer suspender aquel combate, pero demasiado conocía que era imposible. Imposible en efecto; no combatían aquellos dos hombres por ellos, sino por su gloria el uno de cumplido caballero, por su fama el otro de perfecto justador.

Por fin, aprovechando el incógnito un poco de ventaja que le ofreció la fatiga de su contrario, descargó un furioso hachazo sobre su yelmo que se partió en dos mitades bajo el filo terrible del arma. Los rubios cabellos del señor de Balse se desprendieron ensortijados bajando á acariciar sus hombros. Sin embargo, no sufrió lesión alguna. Hízole seña el desconocido de que se cubriera con otro yelmo, pero Mice Roberto se negó.

Entonces todos los espectadores pudieron ver como el incógnito se limitó á la defensa, renunciando al ataque. Y en verdad que, por hacerlo así, dejó pasar varias ocasiones en que hubiera podido abrir de un hachazo la cabeza de su contrario como lo había hecho poco antes con su yelmo. El mismo señor de Balse se sintió conmovido ante semejante prueba de caballería.

Conocía el alemán que le iba faltando vigor á su brazo fatigado; así es que, reuniendo todas sus fuerzas, quiso concluir de una vez, y levantando en alto el hacha terrible la dejó caer como un martillo sobre el yelmo del incógnito que no estuvo pronto en parar el golpe. Su luciente casco voló hecho pedazos como anteriormente el del señor de Balse.

Entonces tuvo lugar un movimiento general y tres gritos uno tras otro resonaron, el primero de una persona sola, los otros dos de todo el público.

El primero se había escapado de los labios de Doña Beatriz de Guzman que, pálida como un cadáver, cayó casi desvanecida en medio de sus damas al ver des

prenderse el arma terrible del de Balse sobre la frente del incógnito.

El segundo fué lanzado por los espectadores al notar que con el golpe el hacha se delizaba de las manos de Mice Roberto, quedando por consiguiente á merced de su contrario, si este escapaba ileso del hachazo.

El tercero, en fin, fué general, unánime, de admiracion y de asombro. Es que, partiéndose el yelmo, habia puesto de manifiesto el rostro del desconocido caballero del capúz colorado, y no era otro el que bajo este nombre se enebria, el que bajo este nombre habia dado tan brillantes pruebas de valor y pujanza, que el privado de Don Enrique, Don Juan Pacheco marqués de Villena.

El golpe descargado sobre su yelmo habia sido rudo, terrible, capaz de anonadar á un gigante. El de Villena permaneció un rápido momento atontado, pero en seguida, levantando el hacha y blandiéndola sobre la desnuda cabeza de su desarmado contrario, le dijo:

—Vuestra vida es mia!

—Me confieso vencido—contestó con cierta espresion de despecho el mantenedor.—Y dígoos francamente, —añadió,— que si alguna idea me consuela en parte de mi vencimiento, es la de ser mi vencedor el noble marqués de Villena.

Sintió el marqués en el alma el haber sido descubierto, pero ya no habia remedio. El público entero repetía entre bravos y palmadas su nombre y se acercaban los jueces del campo para felicitarle y acompañarle hasta las gradas del solio, donde la reina de la hermosura debia ceñir su pecho con la vencedora banda.

El señor de Balse se retiró á su tienda y el de Villena entonces se adelantó hácia el solio de Beatriz de Guzman que, recobrada de su desmayo, le esperaba ya en pié con el fuego del entusiasmo en sus ojos, con la púrpura de la emocion en su rostro, con la sonrisa del placer en los labios y con la banda por ella misma bordada en la mano.

En el interin, los heraldos desde los extremos del palenque proclaman que el caballero vencedor era Don Juan Pacheco marqués de Villena, y aplaudia el pueblo con algazara y aplaudian tambien los caballeros y tremolaban las damas desde los andenes sus colores favoritos.

Solo en medio de aquel entusiasmo general un hombre frunció el ceño y se salió precipitadamente de la galería. Era Don Fadrique de Guzman que al ver que el del capúz colorado era el mismo Villena su mortal enemigo, abandonó en seguida su puesto y se dirigió con paso rápido á la tienda donde descansaba herido Don Nuño de Torre la Selva.

Mientras tanto, Don Juan se adelantó, subió las gradas del solio y dobló la rodilla en la última grada, á las plantas mismas de la reina del amor y la belleza. Doña Beatriz tan trémula entonces de júbilo, como poco antes de zozobra, se inclinó para ceñirle la banda sobre la otra banda ganada tambien en la lid, y cuentan haber tenido entonces lugar entre los dos este corto pero espresivo diálogo, que nadie oyó sin embargo:

—Oh! sois tan valiente como noble, tan galan como esforzado. P'rez y honra al campeon de Castilla, al héroe vencedor!

—Todo por vos, Beatriz, todo por vos! —murmuró en voz baja pero dulcemente enamorada el de Villena.

—Guardad la banda en memoria de este dia.

—La llevaré siempre sobre mi corazon.

—Valiente corazon!

—Vuestro es, puesto que por vos late.

—Adios, mi valiente paladin!

—Hasta la noche, mi sin par señora!

Y el de Villena se levantó, cruzada al pecho la banda, al son de los himnos que entonaban las músicas militares, y al aplauso atronador que hacia estremecer el palenque.

Los heraldos recorrieron entonces la liza gritando:

—Largueza, valientes caballeros! Largueza, hermosas damas, largueza!

Y todos á esta invitacion vaciaron sus escarcelas, y una lluvia de oro cayó de las gradas á la arena.

V.

EL PACTO.

MIENTRAS tenian lugar los últimos acontecimientos de aquella memorable jornada, un caballero, sin hacer caso de las advertencias que le hacian dos escuderos diciéndole que respetára el descanso de su señor, rasgaba mejor que descorria con mano trémula la cortina que pendia á la puerta de una